

## DIOSES Y PEPINOS

La crisis de los pepinos ha devenido en la crisis de los brotes de alfalfa. Pero, al primer atisbo de epidemia, inmediatamente la mirada se dirige hacia el Sur. Tienen que haber sido los pepinos españoles, porque, ya se sabe que del Sur vienen todos los males.

La Europa del Norte sospecha siempre de la del Sur. Pero la Europa unida sospecha, toda ella, de más al sur. Es como cuando los niños traviesos han hecho una pifia y miran hacia atrás, ante la mirada severa de la madre, buscando a otro más bajito y a poder ser más oscuro, a quien poder cargarle el muerto.

Todo esto no pasaría si no tuviéramos tanta seguridad en nuestros dioses; cada uno en los suyos. Si se trata de religiones; protestantes sospechan de católicos y al contrario. Cristianos en general sospechan de musulmanes y estos de los cristianos – aunque cabría decir que con más motivo. Los ricos sospechan de los pobres y estos, con razón, de los ricos. Me refiero a aquellos ricos que han hecho del dinero su dios. Los pobres, en este caso, suelen tener razones suficientes para desconfiar de los ricos y notan, como nadie, la ausencia de sus dioses.

Pero es mejor no hablar de vaguedades. Vayamos a lo concreto. Cuántas veces no hemos oído que estamos en medio de una crisis de valores, que en el mundo occidental está instalada la mediocridad más absoluta. Los políticos son mediocres, cuando no se trata de corruptos, los filósofos han desaparecido prácticamente o hablan en un tono tan bajito, que nadie los oye, los hombres de religión se aferran a su poder sobre las almas y los técnicos se agarran a sus tornillos. Cada vez hay más novelas históricas, lo que apunta a una falta lamentable de imaginación, y poemas solipsistas, que sólo hacen referencia al ombligo del autor, y cuya comprensión se nos escapa si no conocemos con pelos y señales la vida del vate.

Cuando esto ocurre en las alturas, los de abajo qué podemos hacer. Poca cosas dice la mayoría. Sin embargo, es bueno conocer nuestras contradicciones para saber que las alturas sólo reflejan los que hay en las bajuras.

En tiempos antiguos, sobre todo entre los pueblos semitas, los reyes trataban de imitar a los dioses y así mantenían el orden del cosmos. Me parece que ahora la cosa es más bien que los de arriba imitan a los de abajo o, dicho de otro modo, tenemos lo que nos merecemos, sospechas aparte.

Cuando alguien que se dice europeo, ilustrado, universitario, cristiano y respetuoso de los valores se escandaliza al ver el desmadre de los de arriba, pero no se

espanta de cosas como encontrar normal usar el teléfono de la empresa para sus llamadas particulares; no se altera lo más mínimo de decir que está muy enfermo y coger una baja tras otra, pero se toma unas vacaciones de lujo, incluso cuando no le corresponden; afirma que, por frecuentar las iglesias o los templos que sean, es un elegido, pero se pasa el día criticando a los demás o negando el saludo o echando culpas y juzgando a diestro y siniestro y eso no sólo no le altera el pulso, sino que le confiere una paz interior inigualable, entonces, es normal que pasen cosas como las de los pepinos y los brotes de alfalfa.

Hemos amoldado a nuestros dioses para que tapen nuestras contradicciones y nuestras carencias. Somos los perfectos y maravillosos y podemos repartir bendiciones o maldiciones a nuestro antojo. Negamos y concedemos, según estemos de humor. Si a eso le sumamos que tenemos más que un pasar y alguna desgracia de la que quejarnos, entonces el cuadro es perfecto. Ya podemos establecer los límites entre el bien y el mal, podemos mirar a un lado y a otro buscando de quién son los pepinos infectos y no se nos va a sonrojar la cara ni por un instante, porque nuestra dignidad está por encima de todo.

Si hay ocasión, después de examinar al mundo desde esa suprema posición, entonces podremos decir que los políticos son mentirosos y ladrones, que los que creen en otra cosa son infieles, que los que dicen la verdad son unos impertinentes maleducados que se creen esto y aquello, y que el dios supremo nos ha elegido para una alta misión.

Cuando los de a pie se creen elegidos de los dioses, en realidad se merecen ser unos pepinos infectos o, al menos, que les acusen de ello. Ellos están provocando la infección y los de arriba no son más que su reflejo.